

Eran muchos. Eran innumerables. Su actividad causaba fatiga, de sólo verla. Se encaramaban en altísimos andamios. Subían llenos de una sustancia blanda que se amoldaba a las estructuras de metal y se endurecía con el paso de las horas. Hacían ruidos de todas las familias: desde el chirrido e interminable i de los hierros frotados, hasta los oes y las úes emergentes de inmensos toneles o motos más fundidos por el rugido de sus entrañas que por el fuego de las herrerías. No todo era metal; pero el metal andaba en todo, como un elemento indispensable para las mil modalidades vitales de aquellos seres cuya existencia habían ignorado hasta hacía muy poco: el metal estaba en los platos e instrumentos en que se preparaba y consumía la alimentación diaria; estaba, como pulsera o cordón, como placa o imperdible, en las ropas de las gentes; como alma en los abundantísimos y sólidos edificios; como maquinarias de riego, de aradura, de cosecha, de criba, en los campos. Era redondo en las monedas, oval en las medallas que pendían del cuello de las mujeres. Vindrio pensó que si una circunstancia burlesca privase de pronto a Los Otros, de la existencia de todo metal, la sociedad que acababa de descubrir, sucumbiría casi inmediatamente.

30

Los llevaron a uno de esos grandes locales y en una sala inmensa, llena de asientos, fueron rodeados por un número estimable, aunque no excesivo, de personas. El salón carecía de adornos: las paredes se hallaban desnudas, ninguna columna interrumpía la vista de los presentes, y arriba no había bóveda ni curvatura de ninguna clase, sino una sola plancha lisa, de immaculada blancura y terso acabado. Y, no obstante, nada les pareció desagradable. Cierta elegancia regía la nobleza de las líneas severas: lo que se había perdido en gracia y agilidad, se había ganado en utilidad y exactitud.

Primero les hicieron tomar asiento, con un ademán no exento de amabilidad, que ellos entendieron al instante. Sin duda Vindrio fue reconocido sin demora como jefe de la expedición, pues le dieron un sillón de privilegio, quizás un tanto más cómodo que el asignado a sus compañeros, mas también sin grecas, adornos ni talladuras de ninguna clase. Un sillón para sentarse en él, nada más. No para regocijarse con su vista.

Todos vieron con gran curiosidad, cómo eran llevados al recinto numerosos aparatos de metal, unos pequeños, otros grandes, y colocados en diversos sitios del salón.

Frente a cada uno de los expedicionarios instalaron una pantalla pequeña, y otra mayor ante el asiento de Vindrio.

Este consideró oportuno dirigirse a los miembros de la expedición, y nadie hizo el menor gesto para estobárselo:

-Compañeros: nos encontramos entre ellos. Nos sé si debemos temer algo, o

podemos regocijarnos plenamente por el éxito de la empresa. Los días nos irán diciendo lo que tengan por decirnos, si nosotros lo sabemos escuchar e interpretar. Pero hay algo que estimo conveniente anticiparos: por el momento, al menos, no parece amenazarnos ningún riesgo: ellos han actuado cordial y benévolamente. Da la impresión de que en nosotros ven a unos visitantes, no a unos invasores. Y a todos vosotros os consta que en ningún instante nos ha animado un espíritu de invasión o de conquista. Acaso, sí, de descubrimiento. Porque la existencia misma de Los Otros era para nosotros poco más que una leyenda: una hipótesis o una posibilidad... Os invito, pues, a confiar en ellos, en tanto no den muestras de -- hostilidad o mala fe. Y os hago esta advertencia porque sin duda vamos a tener -- más de un problema para comunicarnos. Su idioma no es el nuestro, y ellos no entienden nuestras palabras.

Vindrio no se había percatado; pero a medida que hablaba, sus voces chocaban contra una invisible lluvia de partículas de metal. Estas, que se hallaban en -- constante movimiento, alteraban su curso con ello, y, al cambiar de dirección, de terminaban líneas de fuerza que se manifestaban en la pantalla puesta frente a él, y en otra más grande colocada ante las autoridades de Los Otros, que presidían la reunión. De esta manera, las palabras de Vindrio iban trazando un complejo diseño que no habría dicho nada a nadie, de no ser por la pantalla grande. Ahí se recogían las líneas entrecruzadas, y un aparato de misteriosa estructura, las descifraba traduciéndolas al idioma de Los Otros.

Era una traducción silenciosa, que Vindrio ni los suyos podrían escuchar, -- pero que así en silencio, iba quedando registrada en anchas y finísimas hojas de un metal parecido a la plata pulida, pero más brillante que ella.

Así que Vindrio continuó su arenga, con toda libertad, sin sospechar siquiera que Los Otros podrían conocer su pensamiento.

Cuando hubo concluido, un grupo de jóvenes les repartió unos instrumentos -- para colocarse en la cabeza, cubriendo los oídos con unas suaves y pequeñas almohadas. Los primeros, fueron objetivamente aleccionados sobre cómo deberían emplear tales instrumentos; los otros, procedieron por imitación. Y quien presidía la reunión empezó a hablar.

-Me llamo Fril, sabed. Tengo por ahora el cuidado de esta comunidad. Dentro de poco seré sustituido. Ya conoceréis nuestras leyes. Llamadme, pues, Fril. Tenemos muchas cosas que decirnos.

Todo esto fue escuchado nítidamente por los expedicionarios, en su propia -- lengua.

Se volvían a ver entre sí, atónitos, como preguntándose de qué manera Los -- Otros habían penetrado en los secretos de su idioma.

Vindrio quiso ensayar por un instante a quitarse aquel artilugio que tenía en la cabeza, y así lo hizo. Sólo escuchó a Fril pronunciando sílabas extrañas, -- poco armónicas, que chocaban las unas contra las otras o chirriaban, como fierros golpeados o fregados, y que únicamente recobraban sentido cuando las almohadillas retornaban a las orejas, y mínimas lengüetas vibratorias hablaban junto -- al tímpano.

Inv. 1999

Fril les dio la bienvenida, y la certeza de hallarse entre amigos. Sin embargo, les hizo saber que si el mutuo conocimiento resultaba por el momento --- agradable, sin duda en lo futuro depararía para ambas partes, situaciones difíciles que sólo podrían solventarse con muy buena voluntad.

Y ante el pasmo de todos, concluyó afirmando:

-La tradición de vuestros antepasados estaba en lo justo cuando os vedaba el acceso a nosotros y procuraba manteneros ignorantes de nuestra existencia. Ha beís osado romper la Tradición, y ella no puede reconstruirse. Vednos, pues, como a un peligroso amigo.

Sois dueños de una sabiduría que no tenemos nosotros. Somos en cambio, dueños de una ciencia, que vosotros no poseéis. En vuestras tierras, Mélna Etrusca ejerce su dulce imperio. En las nuestras, en cambio... Pero es menester, amigos, que esta explicación tome el hilo desde mucho más lejos, ya cerca del propio ovillo de donde procede.

32 Sabed, pues, que a nosotros tampoco nos es lícito hablar del Acontecimiento, ni es mucho lo que podríamos decir sobre él, que no fuera inferencia o especulación. Pero sí sabemos, a ciencia cierta, una cosa importante: antes de él, nosotros y nosotros éramos una sola civilización, y los lazos de familia unían a --- nuestros arcaicos progenitores. Con el Acontecimiento, vino la escisión. Antes de él, los cielos y la tierra estaban al par regidos por Lúcito y Mélna Etrusca; pero cuando nos fragmentamos, y vosotros constituísteis La Raza, para irnos olvidando, poco a poco, bajo el nombre de "Los Otros", algo curioso aconteció con los dioses.

Lúcito os abandonó, y apenas dejó en vuestros Libros y en vuestras memorias, una leve huella de su nombre y de su paso. Mélna Etrusca se adueñó paulatinamente de vuestros panteones, y bajo su cetro y su poder de convocar el sueño, el vaticinio y las realidades invisibles, ha discurrido vuestra historia.

Ocurrió lo contrario en nuestro pueblo. Si Mélna se quedó con vosotros, Lúcito vino con nuestras gentes, y es él quien ha gobernado y gobierna el quehacer permanente de estas comunidades. El ordena el brillo de los metales y establece la medida de las cosas. Lo que en vosotros es sueño gaseoso y prueba su eficacia sólo en los trasfondos del alma, en nosotros es máquina precisa, lámina pulida, circuito exacto hijo de las mensuras más perfectas.

Y de ahí el riesgo de que en otras ocasiones os he hablado.

Vosotros podréis tropezaros, a cada instante con nuestra técnica y con nuestros artefactos. Las máquinas que ruedan en las calles, los tractores y las cosechadoras que hacen ruido en los campos, chocando contra vuestros conceptos y convicciones. En cambio, nosotros podremos tropezar contra el sueño, hacer añicos - nuestra concreta realidad al estrellarse contra la invisible fragilidad de vuestros ángeles.

Aquí, en el reinado de Lúcito, encontraréis que las dimensiones os aprietan y torturan, y que el tiempo os cerca y domina con una inclemencia feroz. Nosotros estamos acostumbrados a ello. A vosotros, os costará habituaros.

Pero creedme una cosa: vuestra sabiduría es valiosa, como es valiosa nuestra ciencia, y si el encuentro de ambas direcciones ha de causar, inevitablemente, un remolino, la conjunción de sus aguas tenderá más tarde a enriquecer todo el mundo, para bien de La Raza, y para bien de Los Otros..."

Dijo estas dos últimas palabras con una leve sonrisa de aquiescencia, que no escapó a la perspicacia de Vindrio. Y como éste hiciera señas bastante elocuentes de que deseaba responder al anfitrión, Fril invirtió los mandos mecánicos en el aparato de las traducciones y se dispuso a leer en la pantalla, lo que el jefe de los expedicionarios iba a decir. Fue así como escuchó las

PALABRAS de VINDRIO

-Debemos, antes que otra cosa, agradecer vuestra hospitalidad.

Nos trajo una inquietud exploratoria. En nuestras tierras, por extraños designios, comenzaron a trizarse los vasos de las tradiciones, y a ocurrir cosas que carecían de todo precedente. Los jóvenes vimos como ya caducas, una serie de instituciones caras a nuestros antepasados y que, según afirmaban ellos, eran básicas para la conservación y desenvolvimiento de la Raza.

La insatisfacción misma, parece ser una de esas cosas extrañas que ocurren. En nuestros pechos comenzó a desenroscarse la serpiente de la curiosidad, luego nos mordió el corazón y nos inculó su veneno.

¿Por qué las cosas habrían de ser tan intangibles y secretas? ¿Qué era lo que guardaba como sagrado el testimonio de los siglos, y nos impedía la conquista libre del futuro? ¿Hasta dónde las prohibiciones eran legítimas, quién las habría estatuido, con qué propósitos, cuando?... Y lo que jamás había sido objeto de duda ni de vacilación, se tornó para nosotros problemático.

Yo consulté las estrellas. La herencia recibida de Támesis de Orión no sólo incluye el poder, sino también el derecho de preguntar a los cielos sobre la conducta adecuada y el momento propicio.

Entonces fue cuando las constelaciones respondieron que debíamos buscaros reparad bien: no dijeron que podíamos hacerlo, sino que teníamos obligación de intentarlo.

Si aun el conocimiento de vuestra existencia se mantenía casi en secreto, si aun la mención de vuestro nombre colectivo nos estaba vedada, bajo el estigma de lo indecente e ilícito, ¿qué había detrás de la prohibición?

A veces dudábamos de vuestra propia existencia. Nos parecía surgida del Sueño de algún soñador anónimo de otros tiempos, o inventada por algún poeta que os necesitaba como contraste o contrapeso de sus creaciones. Y puesto que no se os mencionaba, os íbamos apagando en el recuerdo de la Raza, hasta llegar, casi llegar a la inexistencia.

Soy Venerable, por gracia de la Transferencia de Támesis de Orión. Y como Venerable os puedo asegurar que esta invasión de la curiosidad y de la rebeldía, no llegó sólo al corazón de la juventud. Muchos de los Selectos, los que tenían más pura y abierta el alma, fueron haciéndose las mismas inquisiciones. Cuando -

33

yo les dije lo que los astros señalaban, no tuvieron reserva alguna en autorizar, y aun en patrocinar, esta expedición.

Ahora bien, Venerable Fril, nobles señores de su pueblo: si fue la curiosidad la que puso en movimiento toda esta juventud que aquí véis, tal curiosidad - estuvo siempre exenta de ánimos de dominio o de conquista. No somos, como véis, un pueblo invasor. No traemos más armas que las sonoras armas de Méliua Etrusca, para que nuestro coro os hable de fraternidad y de esperanza."

Tampoco a nosotros se nos oculta que el conocimiento recíproco ha de traer problemas y dificultades. Pero han pasado ya los tiempos en que destruíamos todo aquello que éramos incapaces de comprender, y aniquilábamos a quienes no conocía mos. Ni nosotros ni vosotros nos hallamos en semejante estadio, que, según suponen algunos, tuvo la humanidad antes del Acontecimiento.

Antes de que os dignéis mostrarnos las excelencias de vuestras técnicas, -- surgidas bajo el augusto patrocinio de Lúcito; antes de que nos déis instrucción acerca del mismo dios, tan largamente olvidado por nuestro pueblo, hemos de pedir os un par de días de reposo. Necesitamos descansar de nuestro largo camino.

Hizo una breve señal. Todos los expedicionarios se pusieron de pie, y bajo la invisible batuta de Méliua Etrusca, que parecía vibrar entre los dedos de Vin drio, entonaron con ritmo preciso las notas del himno de la búsqueda: "El Sur -- queda muy al Sur"...

